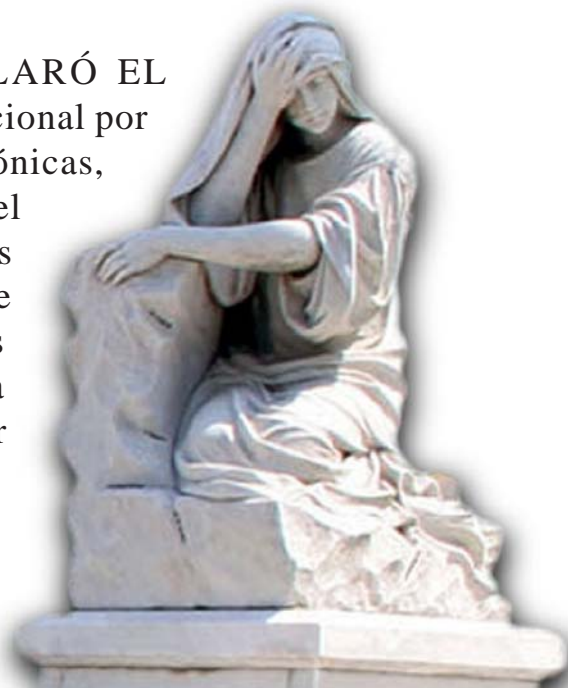


EN 1987 EL ESTADO CUBANO DECLARÓ EL Cementerio Cristóbal Colón Monumento Nacional por sus apreciables obras artísticas y arquitectónicas, que superan los tres millones de dólares, y el valor histórico con que lo distinguen los restos de numerosas personalidades que reposan allí. Estas son algunas de las razones por las cuales la necrópolis ha sido visitada por incontables personas ávidas de conocer este ámbito de 56 hectáreas de sostenido silencio entretejido con apasionantes y curiosas leyendas, entre las que se encuentra la relacionada con La Milagrosa.



# En el Cementerio Colón ESTÁ TRIUNFANDO EL ULTRAJE

*A la memoria de Ricardo Domingo González,  
“Cachimba”, trabajador del Cementerio Colón  
durante tres décadas.*

por Miguel SABATER  
fotos: Orlando MÁRQUEZ

En el cementerio Cristóbal Colón los sepulcros y osarios están siendo profanados con frecuencia. Estas imágenes corresponden al interior del panteón de la Asociación de Reporteros, donde restos humanos se mezclan con escombros y desperdicios. Los escritos en el techo son detestables.

Sin embargo, en los últimos tiempos el cementerio ha sido víctima de inauditas anomalías. Sus sepulcros y osarios están siendo profanados con frecuencia, lo que ya se ha convertido en un hecho común. Esta penosa situación ha sido denunciada y comentada en reiteradas ocasiones y la administración del centro ha tomado algunas medidas de prevención y control, mas el vandalismo sigue. Se trata de un acontecimiento grave y bochornoso ante cuya evidencia no es posible permanecer indiferentes.



## EL CEMENTERIO CRISTÓBAL COLÓN: LA GRAN NECRÓPOLIS DE AMÉRICA

A principios de 1802 llegó a Cuba para gobernar la diócesis de La Habana el obispo Juan José Díaz de Espada y Fernández de Landa, cuya proyección habría de ejercer una valiosa influencia en el clero y en la sociedad de su época. Su pensamiento ilustrado, progresista y no pocas veces radical lo llevó a emprender reformas en varios órdenes, con lo cual se ganó la antipatía de poderosos adversarios. Cuatro años después de su arribo a la Isla el obispo inauguró el primer cementerio y dispuso la prohibición de enterramientos en las iglesias, como se hacía hasta entonces. Esto le trajo más de un encono con el clero, parte del cual se aferró a la costumbre de continuar enterrando en los templos. No obstante esa resistencia, por más de medio siglo en el Cementerio de Espada se inhumó a cientos de miles de fallecidos en La Habana.

En 1854, mientras gobernaba la Isla el Marqués de la Pezuela, el Cabildo aprobó la creación de un nuevo cementerio que llevaría el nombre de Cristóbal Colón. Este es el origen de la gran necrópolis habanera; pero desde su proyecto hasta su realización, transcurrirían más de quince años, durante buena parte de los cuales la idea se abandonó, luego se retomó y hubo sonadas querellas entre el Ayuntamiento y la Iglesia para apropiarse del derecho de su gobierno y administración. Finalmente en julio de 1862 la Corona dispuso que se le confiara al Obispado de la Diócesis de La Habana la ejecución del camposanto, para cuya empresa se recogió la suma de 203 mil 991 pesos en oro. Se escogieron algunos terrenos para la construcción del nuevo cementerio en una zona conocida por San Antonio Chiquito, ocupada por un caserío veraniego. Su costo fue de 43 mil 194 pesos y entonces comprendía un área de 4 caballerías y 275 cordeles.

Se convocó a un concurso para la construcción de la fachada. El ganador fue Calixto de Loira, un joven arquitecto formado en su especialidad en la Real Academia de Madrid, y que había llegado a Cuba con sus padres procedentes de El Ferrol en 1847. Loira concibió un proyecto neoclásico con abundantes connotaciones simbólico-religiosas y de carácter social, así como de edificaciones matizadas con diversos elementos que le daban un sello ecléctico con poderoso influjo románico.

El primer monumento construido fue la Galería de Tobías, de 100 metros de largo. Tenía 526 sepulturas en tres hileras superpuestas que se clausuraron antes de finalizar el siglo XIX. Loira murió once meses después de haberse colocado la primera piedra (1871) en el cimiento sobre el cual se erigiría su ambicioso proyecto, suceso de una naturaleza irónica increíble, pues se convirtió así en el primer sepultado en la Galería de Tobías sin que en su nicho, el número 263, se gravara el nombre del autor que diseñó la gran necrópolis. Allí reposaron sus restos hasta muchos años después, en que se le dio una digna sepultura.

Por aquellos días nadie sospechaba que la necrópolis habanera se convertiría mundialmente en la tercera de su tipo después del cementerio de Carrara y el de *Pères Lachaise*. Ya en las primeras décadas del siglo XX era posible ver la diversidad de monumentos a través de cuya arquitectura y elementos artísticos se ofrecía al visitante un espléndido panorama mezclado de capillas, panteones y columnas que habían cubierto la desolación de las tierras inhóspitas, sobre las cuales, a la mirada ansiosa del observador, se superponían y entrelazaban cruces, ángeles y alegorías de refulgentes mármoles, cristales y vitrales que, en su conjunto, daban la impresión de ser un verdadero discurso conceptual sobre la interpretación de la muerte.

Durante más de un siglo han pasado bajo el impresionante pórtico que

precede al camposanto innumerables sepelios de personas que dejaron definitivamente la ruidosa ciudad para reposar en la paz de esta otra donde domina el silencio, entre ellas no pocas personalidades de destacada trayectoria en nuestro país. Obispos, sacerdotes y religiosas, próceres de nuestras gestas independentistas, memorables pedagogos, artistas y científicos, honrados y talentosos periodistas, militares, empresarios, negociantes, personas sencillas y figuras populares que ganaron el cariño y reconocimiento de nuestro pueblo por sus simpatías o memorables gestos de modestia o generosidad, fueron sepultados en este cementerio para nutrirlo de honrosa historia.

### ESBOZO DE UN PROBLEMA

A partir de la década del 60 emigraron numerosas familias de origen burgués propietarias de majestuosos panteones y capillas. El cementerio dejó de estar administrado por la Iglesia Católica para pasar a ser un bien del Estado. Por otra parte, en esa misma década el ateísmo se deslizó como una supersónica culebra hacia todos los ámbitos y rincones posibles de la sociedad. Este hecho formó generaciones alejadas y hasta adversarias de todo vestigio religioso, lo cual propició indiferencia por las tradiciones católicas y modificaciones de sus conceptos, como el del sentido de la vida y de la muerte, que fueron despojados de sus connotaciones cristianas.

El cementerio es un reflejo muy elocuente de cualquier sociedad. Pero la sociedad es dinámica, y esta cualidad la hace sensible a los cambios originados por las circunstancias históricas. La necrópolis de Colón no pudo escapar a las consecuencias. No sólo fue desacralizada, sino también víctima de un paulatino abandono y de falta de reverencia.

El 24 de septiembre de 1995 –hace poco más de diez años– el diario *Tribuna de La Habana* publicó un admirable reportaje con el título “Los vivos y los muertos”, firmado por

Raquel y Pausides y con fotos de Pepe SuQ, en el cual se denunciaban inusitados maltratos contra la necrópolis de Colón que “resurgieron con fuerza a partir de los años ochenta, hasta alcanzar puntos críticos en 1993”.

El citado trabajo enfatizaba que en el segundo semestre de 1993 se habían registrado 83 hechos delictivos, y durante 1994 la cifra había crecido hasta un alarmante total de 183. Continuaba el diario argumentando que entonces se adoptaron medidas, debido a las cuales durante 1995, hasta la fecha de la publicación del reportaje, la cifra de delitos había disminuido a 70 casos. Parece que estos delitos sólo se refieren a negocios ilícitos y profanaciones, pues más adelante se expresa literalmente que “otros delitos detectados dentro de las 56 hectáreas que ocupa la necrópolis, se relacionan con actitudes indecorosas, violaciones del tránsito y conductas irrespetuosas”.

Lo preocupante del asunto consistía en que hasta aquel día (24 de septiembre de 1995) se habían reparado 43 objetos museables con un presupuesto de 10 mil dólares procedentes de la siempre generosa Oficina del Historiador de la Ciudad, que ha sido sensible y se ha mostrado atenta a esta penosa situación de la necrópolis. Sin embargo, todavía quedaban más de 10 mil de esos objetos museables que habían logrado sobrevivir al ultraje humano y del tiempo, tal vez gran parte de los cuales requerían restauración. Declaraban los reporteros que faltaban recursos y que no pocos opinaban que la necrópolis debía ser atendida directamente por la Oficina del Historiador, y no seguir siendo una dependencia de la Unidad Presupuestada de Servicios Necrológicos de la Dirección Provincial de Servicios Comunes del Poder Popular, a pesar de que en 1994 este cementerio había recaudado 54 mil dólares.

El loable trabajo publicado por *Tribuna de La Habana* citaba algunas de las medidas adoptadas por la



En este panteón de la Academia de Ciencias reposan los restos de André Voisin. En días pasados la tumba amaneció como se muestra: la tapa levantada y una pieza entera de mármol negro arrancada. Nadie vió nada.

Administración para oponerse al delito, como la de instalar iluminación en el exterior de la Capilla Central y en las cuatro puertas y avenidas, reincorporar al cuerpo de vigilantes reclutas del Servicio Militar Alternativo, reactivar la técnica canina por las noches y reforzar la vigilancia durante las 24 horas.

Estos hechos fueron publicados entonces como una enérgica denuncia en un diario oficial, y no era para menos. Pero dejaba el margen de esperanzas de que estas fechorías no seguirían ocurriendo. Mas la experiencia ha demostrado todo lo contrario.

### INVENTARIO DE INJURIAS

Para constatarlo fui al lugar de los hechos con el investigador literario Jorge Domingo Cuadriello, quien conoce la necrópolis como la palma de su mano y está sentimentalmente muy vinculado a ella desde su infancia por haber trabajado allí su padre como jardinero durante muchos años. Jorge Domingo, como tal vez sólo pocos, conoce cuáles son las piezas que en los últimos tiempos le faltan a este rompecabezas que ya jamás podrá ser totalmente armado.

Entre esos desmanes está la muy reciente sustracción de varias piezas de mármol negro del panteón de la Academia de Ciencias donde reposan los restos del científico francés André Voisin, y asimismo de otras piezas igualmente arrancadas de la bóveda donde reposan los despojos del Coronel del Ejército Libertador Celestino Baizán.

La placa de bronce que estaba colocada en la fachada de la capilla de Carlos Manuel de Céspedes y Quesada –hijo del Padre de la Patria y tío bisabuelo del conocido sacerdote e intelectual monseñor Carlos Manuel de Céspedes– fue sustraída, pero se logró recuperar y ahora está pendiente restablecerla en su lugar original.

La que fuera hermosa capilla de las familias Poey y Aspuru, frente al panteón de los bomberos, prácticamente ha quedado sin vitrales víctima de un sostenido saqueo que ha hecho desaparecer una de las edificaciones más admirables de este cementerio. Otro tanto sucede con los tubos de bronce que delimitan la capilla. Se los han llevado poco a poco, en labor de hormiguita, y el día que fuimos ya había otro arrancado y colocado sobre la losa posterior del

monumento, como en remojo para ser sustraído en un momento oportuno.

En la majestuosa capilla de la legendaria Catalina Lasa rompieron los cristales de la parte posterior, penetraron y sólo Dios y quien lo hizo saben qué fechorías cometieron.

El panteón de la familia Soto-Sagarra, que incluía entre sus miembros a quien introdujo la enseñanza de la historia del arte en la Universidad de La Habana, Luis de Soto y Sagarra, amaneció hace unos meses sin el habitual Cristo de bronce que durante muchos años fue la admiración de innumerables visitantes. Esta obra había sido realizada por el escultor Juan José Sicre, autor además de la estatua de José Martí que se alza en la Plaza de la Revolución.

Con un silencio cómplice la escultura conocida como El Ángel del Silencio, que estuvo situada frente al panteón de la Sociedad Asturiana de Beneficencia, de igual forma misteriosa fue sustraída. La misma suerte corrió la estatua que distinguía el panteón del admirado líder ortodoxo Eduardo Chibás, cuyo lema, Vergüenza contra Dinero, aún mantiene una dramática vigencia.

Los cristales posteriores de la majestuosa capilla del notable financiero Frank Steinhart fueron rotos; penetraron en el interior y, entre los desmanes que hicieron, dejaron a la vista su busto inclinado hacia atrás. De nada sirvió que esta capilla esté situada frente a la Capilla Central, donde hay más movimiento de personas, iluminación y vigilancia y por tanto menos riesgo de que se cometan fechorías.

El panteón de la Asociación de Detallistas del Comercio de La Habana fue profanado con un vandalismo atroz. Sacaron las cajas, hurgaron en ellas y tiraron los huesos como si se tratara de un puñado de frijoles inservibles. Ese mismo acto sacrílego se cometió en el panteón del antiguo Partido ABC, al que penetraron, y de donde extrajeron los sarcófagos y osarios que había en sus nichos, y dejaron los restos dispersos en el suelo.

Otras profanaciones han ocurrido en los panteones de las sociedades españolas conocidas por Club Cangas de Onís, Parres y Amieva, la Sociedad Leonesa y la Sociedad Salmantina.

Lo curioso de estos hechos consiste en que, según las evidencias, no puede ser posible que se cometan sin gran esfuerzo y violencia. Pero nadie ve ni oye nada, suceda de día o de noche, ya sea en el rincón más apartado o en las avenidas principales, como si los profanadores atomizaran desde un avión invisible e inaudible toda el área de la necrópolis con una sustancia soporífera para evitar ser sorprendidos.

Un año después de haberse publicado el mencionado reportaje en Tribuna de La Habana apareció en el mismo diario, el 3 de noviembre de 1996, un artículo de la periodista Rafaela Ortega en el que se comentaba la reciente aprobación de un plan general de conservación, restauración, mantenimiento y nuevas construcciones del cementerio que posibilitaría “una labor sistemática y coherente a cargo de capacitados especialistas. Urgida está la capital de este propósito –confiesa la autora del artículo de prensa–. De lo contrario se correría el riesgo del deterioro y la pérdida de valores, lo cual sería imperdonable”. Y agregaba esperanzada: “Muchas veces se alzaron alertando acerca del peligro y han encontrado oídos receptivos...”

Han pasado nueve años. Siguen los saqueos de rejas y ventanas de hierro en las capillas, de tubos de bronce en panteones antiguos, destrucción de vitrales, sustracción de argollas, estatuas, esculturas, placas de bronce, piezas de granito o de mármol, además de otros objetos de menor cuantía como lápidas, jardineras, fotografías insertadas en placas..., y de daños a panteones y osarios.

Uno de los diáconos de la necrópolis, Miguel Pons, me confiesa:

– Empecé a trabajar en la capilla del cementerio hace unos doce años, y una de las primeras profanaciones que vi fue la del panteón del Partido ABC. Me impresionó mucho observar allí los nichos abiertos y los restos regados. Con frecuencia vienen a quejarse familiares de difuntos que

Al panteón de la familia Soto-Sagarra (izquierda) le fue arrancado el crucifijo de bronce, obra de Juan José Sicre. La sólida puerta principal del panteón de Catalina Lasa (derecha), no impidió a los profanadores entrar rompiendo un tragaluz en la parte posterior (foto pequeña).



*dicen haber visto que las tapas de sus sepulcros han sido rodadas sin que sepan lo que ha sucedido, y las remitimos a la Administración. Luego vuelven para decirnos que a pesar de haberse quejado no ha pasado nada. También fui testigo de la profanación del sepulcro de Carlos Miguel de Céspedes, que se encuentra cerca de esta capilla, donde vimos que la losa estaba corrida y el ataúd superior abierto y vacío. Ha ocurrido lo mismo con los panteones de las monjas Carmelitas, las Clarisas y las Dominicanas, donde han abierto las losas y extraído restos.*

– ¿Qué opinión tiene de estos hechos?

– *Es un hecho indigno. Se trata de la profanación de un lugar del que siempre decimos que es donde las personas van a reposar en la paz hasta el día de la resurrección; y que luego encuentres que ya no haya un hueso en ese sitio al que llegas para meditar u orar junto a los restos de tus seres queridos eso es tremendo... Esa realidad resulta ser muy dolorosa para las familias, que se supone confían en la seguridad del cementerio. Por otra parte la connotación cristiana del cementerio es la de un lugar de descanso y de paz, y las profanaciones rompen esa promesa que nosotros transmitimos a los dolientes. Lo cierto es que estos hechos se han incrementado. Desde la antigüedad siempre ha habido profanaciones, pero aquí jamás hubo tantas como hoy día. Se trata de un vandalismo, y estamos seguros de que se debe sobre todo a dos causas: el lucro y el reclamo de ciertas religiones paganas. Lo que no tiene explicación es que estos actos son bien conocidos, y que después de haberse tomado medidas para evitarlos sigan ocurriendo y parece que nunca fueran a acabarse. Yo recuerdo que hace unos años el doctor Eusebio Leal estuvo aquí en un acto de aniversario de la necrópolis, y recordaba que en este lugar se conservan los restos de destacadas personalidades de nuestra historia, y*

*llamaba la atención para que fuera respetado y preservado, y el que no lo hiciera así debía ser sometido a lo previsto por la ley.*

El Estado sanciona todo acto violatorio de las normas que rigen el funcionamiento general del cementerio mediante delitos tales como el hurto, daños a monumentos y las exhumaciones ilegales (aunque no existe el de profanación), de modo que los infractores sorprendidos no quedan sin castigo. Pero la gravedad del problema no consiste tanto en el aspecto judicial de este asunto como en el de la falta de medidas eficaces para erradicarlo. De nada sirve la ley más acabada si no existen las condiciones idóneas para evitar los hechos delictivos. Y este es el lado flaco de la situación del cementerio, cuyo primer grave problema es que sus plantillas de personal de seguridad están incompletas, demasiado incompletas. Existen tres turnos de CVP con 21 personas que deben hacer guardias permanentes cada 12 horas, pero a cada uno de esos cuerpos de vigilancia le faltan más de la tercera parte. Según

refieren algunos de esos custodios casi nadie quiere trabajar o permanecer por mucho tiempo allí, ya sea por causas sugestivas o porque, como el vandalismo sigue y no están creadas concretamente todas las condiciones de seguridad, temen verse involucrados en problemas.

– *Casi nadie quiere trabajar aquí –me confesó un CVP–. Esto no es pago con nada. Ahora mismo en este turno debemos ser veintiuno y sólo hay seis. ¿Se puede cuidar bien un cementerio tan grande como este con seis? No se puede.*

La técnica canina como recurso de vigilancia nocturna ya dejó de practicarse. La iluminación tampoco es suficiente. La guardia se concentra en cada una de las cuatro puertas del cementerio y su Capilla Central; el resto del área, que es la gran parte, sólo es chequeada por las rondas (¿cuántas?) que estos escasos guardianes pudieran hacer.

Alfonso Pazos hace más de medio siglo trabaja en la necrópolis de Colón. Al conocer los propósitos de este reportaje aceptó ofrecer su testimonio.

**La parte posterior del panteón Steinhart es un vertedero. Una de sus ventanas fue violentada y por allí entraron los profanadores, dañando también el busto colocado en el interior.**





La vida de clausura de las madres carmelitas se vió interrumpida, y con sus propias manos una religiosa tuvo que poner orden en su modesto panteón también profanado. Un total de 26 osarios completos fueron vaciados. (Foto cortesía de las religiosas Carmelitas).

– Llegué de Galicia en 1947. Yo era entonces un muchacho, y a los pocos días de mi estancia aquí comencé a trabajar con mi padre en la limpieza de panteones de este cementerio. Por aquella época el cementerio pertenecía a la Iglesia Católica, y había tremenda disciplina y se respetaba mucho el cementerio, aunque sólo había un celador. Con decirte que al que cogían saltando la cerca lo acusaban de profanación. Cuando en 1961 el cementerio pasó a ser administrado por el Estado las cosas siguieron bastante bien, hasta hace diez o quince años que comenzaron los robos en capillas y panteones, el saqueo de estatuas, las profanaciones y el registro de bóvedas en busca de prendas o dientes de oro que pudiera haber entre los restos. Pero no pasa nada.

Otra fuente, Roberto Marrero, llegó a la capital procedente de Quemado de Güines en 1951. Desde entonces trabaja en la limpieza de bóvedas y panteones del cementerio Colón.

–En aquella época –refiere Marrero– el cementerio estaba en manos de los curas y nosotros, que éramos trabajadores por cuenta propia, estábamos organizados en el Club de Jardineros, el cual tenía su directiva y

su local aquí cerca, en la calle 14. Había orden y mucho respeto, y los únicos robos que recuerdo eran, algunas veces, el de ramos, jardineras o jarras de flores de buena calidad que ponían en un panteón, y alguien pasaba después y se las llevaba. Pero en estos últimos años lo que está sucediendo en este cementerio no tiene nombre. Rompen las cerraduras o ventanas de las capillas para entrar y llevarse todo lo que tenga algún valor. Se llevan las rejas, los tubos de bronce, las argollas de los panteones, las imágenes, levantan las tapas y se meten a buscar cualquier cosa de valor entre los restos... Ya es un relajó lo que está ocurriendo aquí, y la cosa sigue.

¿Hasta cuándo será este hartó conocido ultraje a nuestros muertos y monumentos? ¿Es que este cruel vandalismo no tiene fin? No nos cabe en la cabeza que esta grave situación no tenga control.

Ha habido profanaciones sinceramente espectaculares que dan la medida de la inaudita licencia con que los infractores actúan, como la del panteón de las monjas de la Orden de las Carmelitas Descalzas de Clausura, que radican en el convento de la calle 13 entre 20 y 22 en El Vedado.

El día 21 de julio de 2003 la Madre Superiora del convento se presentó ante las autoridades de la necrópolis para denunciar que el panteón de su congregación había sido despiadadamente profanado. Había restos de monjas enterradas desde el siglo XVIII en el cementerio del antiguo convento, los cuales habían sido trasladados al panteón de la orden en este cementerio. Al entrevistarme con la Madre Superiora, Sor María Teresa, me confesó:

– Cuando supimos la noticia por medio de un señor que está encargado por nosotras de velar por nuestro panteón, creo que ya habían pasado varios días de haberse cometido la profanación. Al llegar allí quedamos asombradas. Las tapas habían sido abiertas y los huesos regados. Se llevaron los restos de 26 osarios que quedaron vacíos. Entre ellos el de la hermana Sor Margarita Josefa de la Natividad de María, que fue tía del padre Félix Varela y desempeñó un papel muy importante en su vida. Sor Margarita ingresó en nuestra orden y convento en 1792, y desde 1815 hasta 1850 en que murió fue la Madre Superiora.

–¿A qué atribuye usted estos hechos?

– Todo indica que esa profanación fue motivada por intereses de alguna religión pagana. Nuestras hermanas no son sepultadas con alhajas. Nuestro panteón no tiene ni siquiera un monumento, como tampoco el de las Dominicanas ni las Catalinas que colindan con el nuestro, y que se dice que también han sido profanados.

–¿Cómo procedió cuando comprobó la profanación?

– Recogimos los huesos que dejaron con la ayuda de dos colaboradores nuestros. Después nos quejamos a la Administración del cementerio, que no sabía nada. La explicación que se nos dio fue que esas cosas suelen ocurrir, y jamás volvieron a comunicarse con nosotras. También se lo comunicamos al cardenal arzobispo Jaime Ortega y al señor Eusebio Leal, quien

*enseguida nos llamó para decirnos que lo ocurrido era muy lamentable. El señor historiador de la Ciudad es muy sensible a esos actos que están sucediendo allí, pero parece que la solución del problema se le va de las manos.*

Sin embargo, estos no son los únicos problemas. El notable abandono que se manifiesta en el cementerio es asombroso e incomprensible. Uno de los casos verdaderamente espantosos se ofrece a la vista de quien haya visitado el panteón de la Asociación de Reporteros de La Habana, que en su día fue una de las majestuosas edificaciones de la necrópolis capitalina.

Este panteón tiene dos pisos subterráneos a los que da acceso una escalera y lo que puede verse allí es sinceramente dantesco. En el primer nivel hay nichos descubiertos, en uno de los cuales destruyeron un sarcófago, donde sólo quedan algunos huesos, y otro mejor conservado y sacado hacia afuera a medias contiene un cadáver momificado. Las paredes de este lóbrego recinto están escritas con frases y símbolos de exhortaciones satánicas y reflexiones existenciales. En el suelo hay varios envases plásticos de refrescos a los que llamamos “pepinos”, los cuales aún expiden olor etílico. En otro lado del piso hay residuos de ciertos materiales que parecen haber sido mezclados e incinerados.

Siguiendo por la escalera hacia el otro nivel se trunca el acceso por una reja cerrada con un candado. Este sitio es aún más penumbroso, y en él se tiene la impresión de estar asistiendo al mismo infierno. El techo y las paredes han sido escritos con nombres de algunos grupos de rock como Metálica y Pantera, y con otros símbolos y exhortaciones satánicas, entre ellos el número 666, correspondiente a La Bestia del libro del Apocalipsis. El suelo está cubierto por un reguero de desechos de ni se sabe cuántas cosas. Y como si esto fuera poco lo que se ofrece a la vista al otro extremo de la pared es

pavoroso: han sido profanados todos los osarios, que permanecen abiertos, ya sean vacíos o con huesos. ¡Y este es el panteón donde reposaron en paz alguna vez varios de nuestros grandes periodistas y escritores! Entre los nombres que aún pueden leerse en las cajas profanadas se encuentran el del novelista Carlos Loveira, el que fuera director de *El Mundo* Luis Gómez-Wangüemert, el incansable publicista Antonio Penichet, y quien ocupara la presidencia del Colegio Nacional de Periodistas de Cuba: Lisandro Otero Masdeu.

Jamás olvidaré esta terrible experiencia, cuya magnitud alucinante supera las más altas potencialidades de la imaginación creadora.

## EL CEMENTERIO COLÓN AGONIZA

Después de tales experiencias ya uno puede esperar que en nuestra gran necrópolis ocurra cualquier cosa. Lo único que falta es que se lleven alguna de las réplicas de la Piedad de Miguel Ángel, la monumental Virgen del Cobre o los 17 metros de columna del Monumento a los Bomberos.

Estos hechos son bien conocidos. Lo dominan muchos ciudadanos, organismos y autoridades. Además de la gravedad que revisten por los daños ocasionados a la necrópolis –no pocos de ellos irreparables–, ofenden altamente a numerosas personas y familias cuyos panteones, osarios y capillas han sido profanados. Esta misma suerte pudieran correr los restos de quienes viven hoy, lo cual ha creado una situación alarmante en la población, que se siente insegura y desprotegida ante un vandalismo que no parece tener fin.

Nunca antes en la historia de la necrópolis habían sucedido tantos hechos de tal naturaleza como en los últimos quince años.

Este despiadado bandidaje coincide con la tendencia al robo que se ha desatado en nuestra sociedad como una plaga, donde ya el ladrón no sólo actúa sigilosamente de noche sino a pleno día y con personas en viviendas y

establecimientos públicos y comerciales, en cuyo empeño no les importa convertirse en asesinos. Lo mismo ocurre en nuestras calles y medios de transporte urbano, donde los ciudadanos son víctimas de asaltos y hurtos de carteras, paquetes y prendas.

Esta situación es el índice de un grave deterioro moral existente en nuestra sociedad. Lo peligroso del asunto estriba en que como esas actitudes se incrementan hay ciudadanos que tienen la impresión de que a nadie les importa.

Nosotros hemos presentando el problema desde la cruda perspectiva con que lo hemos visto. Y esa dolorosa experiencia se resume en una frase: en el Cementerio Colón está triunfando el ultraje, y ante un hecho de magnitud tan repudiable no es posible permanecer inmovibles.

El cementerio es tal vez el único lugar donde se ilustra la más amplia variedad de factores humanos cuya trayectoria existencial dignificó nuestra historia. Profanarlo es humillar la memoria de estas personas. Allí, además, no sólo despedimos y lloramos a nuestros familiares y amigos, sino también acudimos para venerarlos, y esta necesaria comunión que se establece entre las almas, para significar la cual no habría jamás palabras suficientes, es un hecho que debe ser respetado. Se trata de un espacio donde la vida y la muerte se abrazan en la eterna pira del amor y del recuerdo, y a nadie le asiste el derecho de poner un dedo sobre nuestros muertos, los cuales viven en la memoria de quienes los hemos amado. Ω

### Nota del autor

Deseo declarar que la idea de realizar este reportaje me fue sugerida por el investigador Jorge Domingo Cuadriello, con quien mantuve una estrecha y valiosa colaboración durante el proceso investigativo que exigió este trabajo. Quisiera agradecer también las declaraciones que ofrecieron las personas entrevistadas cuya identidad se consigna, y las de aquellos que por razones personales no quisieron identificarse.